



Alba de América 41 (2024): 1-19

Mujeres que escriben

Elena Poniatowska

¿Han visto ustedes en el zoológico a las leonas? ¿Esas que se mantienen atrás lamiendo de su pata una invisible espina? ¿Esas que parecen gatos callejeros, flacos, escaldados y pelones? Bueno, pues eso son las escritoras latinoamericanas, según María Luisa Mendoza, La China, las leonas del zoológico, feas, opacas, con una que otra brizna de paja en el lomo vencido, las leonas, las que están siempre en segundo plano, las que quedaron como costales gastados después de la última cría, mientras que el león, pegado a los barrotes, haga lo que haga, con su espléndida cabellera de rey de la selva, es el que ruge, se impone y de un solo bocado se traga al mundo. El león en donde quiera que esté impone sus condiciones, la leona jamás. Carlos Fuentes alza su cabeza magnífica de león de la Metro Goldwin Mayer, sacude sus crines de oro, y saluda a otro león también coronado, a Mario Vargas Llosa, que a su imagen y semejanza enseña unos dientes tan atractivos como el del gato de Cheshire cuya sonrisa veía Alicia en el país de las maravillas cada vez que se apagaba la luz.

Hasta ahora las escritoras son las comparsas de la literatura latinoamericana. Recuerdo haber leído en la revista francesa *L'Express* una lista de los Premios Nobel latinoamericanos, y la única que no aparecía era Gabriela Mistral. Salvo el caso de Isabel Allende, las mujeres que escriben muy pronto dejan de creer en sí mismas por falta de aliento. Nellie Campobello, única autora de la Revolución Mexicana con dos libros notables: *Las manos de Mamá* y *Cartucho*, escogió dedicarse a la danza, tarea que seguramente le resultó más gratificante que la de las letras y sin embargo fue ella quien hizo entrega de todo el archivo de Pancho Villa a Martín Luis Guzmán, autor de las *Memorias de Pancho Villa*. Para Rosario Castellanos, la más completa de nuestras escritoras, las condiciones de vida no fueron muy distintas a las de Sor Juana Inés de la Cruz, que trescientos años antes había escogido la clausura para poder ejercer su vocación. A Rosario Castellanos también el mundo la defraudó. Al igual que Sor Juana Inés de la Cruz, tuvo que enfrentarse a una realidad para ella aterradora. La mujer no es igual al hombre, es inferior, por lo tanto, no tiene la misma capacidad para pensar, mucho menos para crear. Así lo escribió en su tesis *Sobre cultura femenina*, en la que prácticamente pide perdón por atreverse a ingresar a un mundo que le está vedado: el de la cultura. Trescientos años antes Sor Juana lo había escrito:

¿En perseguirme, Mundo, qué interesas?

¿En qué te ofendo, cuando solo intento

poner bellezas en mi entendimiento

y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas

y así, siempre me causa más contento

poner riquezas en mi pensamiento

que no mi pensamiento en las riquezas.

Y no estimo hermosura que, vencida,

es despojo civil de las edades

ni riqueza me agrada fementida,

teniendo por mejor, en mis verdades,

consumir vanidades de la vida

que consumir la vida en vanidades.

La pequeña Juana de Asbaje leyó todos los libros de la biblioteca de su abuelo y sorprendió a los doctos y a los sagaces:

Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres –y más en tan florida juventud– es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de la rudeza: que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno.

Sor Juana es un fenómeno que apareció en el Siglo XVII y sigue siéndolo en el Siglo XXI; cubre cuatro siglos y es aún el mayor poeta mexicano, según Octavio Paz. Después de Sor Juana, nuestro continente se cubre de poetisas, de mujeres que lloran su desamor y se comparan al sauce

que ve huir el agua del río, todas hablan de su ser mujer, la propia Gabriela Mistral grita: “un hijo, yo quise tener un hijo tuyo y mío”, y antes, en 1910, la uruguayana Delmira Agustini, declaró en su libro *Cálices vacíos* que el único que importa es el hombre y que ella se considera un perro a los pies de su amo que, por cierto, la mató. La mexicana Josefina Murillo, la Alondra del río Papaloapan, murió de asma a los treinta y ocho años y escribió:

Amor, dijo la rosa es un perfume,
amor es un suspiro dijo el céfiro,
amor, dijo la luz es una llama,
oh cuánto habéis mentido,
amor es una lágrima.

Las escritoras mexicanas abandonaron la literatura de confesión y Rosario Castellanos produjo dos novelas: *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas*, llamadas por la crítica “indigenistas” como se llamó también a la obra de José María Arguedas y a la de Miguel Ángel Asturias. En México, Elena Garro nos brinda su magnífica *Los recuerdos del porvenir*, en la que una piedra al sol se constituye en la memoria del pueblo de Ixtepec. Luisa Josefina Hernández produce una pléyade de novelas, entre las que destaca *Nostalgia de Troya*. Josefina Vicens escribe *El libro vacío*. Inés Arredondo, cuyo mundo interior es obsesivo, crea uno de los mejores cuentos de la literatura mexicana “La sunamita”. Julieta Campos compone varias novelas claras y fluidas como el agua que rodeó Cuba, su isla natal y un gran ensayo: “¿Qué hacemos con los pobres?” Silvia Molina nos regala *Campeche* y así hasta llegar a Aline Pettersson, María Luisa Mendoza, Angelina Muñoz Huberman, Esther Seligson, Sara Sefchovich y su *Demasiado amor*, Margo Glantz y sus *Genealogías*, Rosa Nissan que –al seguir el camino abierto por Margo Glantz– desafía a la colonia israelita con su frescura y su ingenuidad hasta Bárbara Jacobs, Beatriz Novaro y su novedosa *Cecilia todavía*, Rosa Beltrán, notable escritora que incursiona con fortuna en la novela histórica y una serie de cuentos formidables, la excelente Mónica Lavín y Paloma Villegas que retrata fiel y lúcidamente a una generación, Sabina Berman, la extraordinaria autora de *La Bobe* y *Un grano de arroz*, Ángeles Mastretta que conoce con su *Arráncame la vida* el éxito y la traducción a muchos idiomas y salta a la fama internacional con su novela hecha película con el mismo título, Laura Esquivel, la autora de *Como agua para chocolate*, única novela latinoamericana que permaneció 18 meses en la lista de los libros más vendidos del *New York Times Review of Books*, ahora entregada a la política de izquierda. Carlos Fuentes declaró que la mejor escritora mexicana es la joven Cristina Rivera Garza autora de *Nadie me verá llorar* y otros textos deslumbrantes, entre ellos uno sobre su antecesora, la gran cuentista Amparo Dávila.

Muchas escritoras se me quedan en el tintero (sobre todo las más nuevas) entre ellas mi admirada contemporánea Carmen Rosenzweig, que alguna vez escribió que sentía que iba a llegar a rosa a través de sus espinas.

De que el continente latinoamericano está produciendo a mujeres que rompen las amarras

y tienen mucho que contar, de que se ha dejado atrás el *Nouveau Roman*, de que las escritoras chicanas Sandra Cisneros, Ana Castillo, Chérie Moraga se han liberado antes que las del cono sur, puede verse en la pléyade de mujeres que ahora escriben y no hacen precisamente literatura de confesión, escritoras notables: Rosario Ferré, Ana Lydia Vega de Puerto Rico que se han beneficiado como las chicanas de vivir en una situación límite, debatirse entre dos culturas, afirmarse a partir de la negación, vencer prejuicios raciales y sociales, aceptarse y darse a respetar cuando todos se empeñaban en destruirlas, llegar al fondo del país-paisaje de su cuerpo y escribir en forma desenfadada, escritoras que juegan con el idioma, lo hacen suyo, lo engarzan en un collar original y suntuoso y lo devuelven como una prenda de su invención. Aún en medio de las peores restricciones, han logrado mucho antes que el resto de las mujeres de América Latina, lo que todas buscamos, ser dueñas de nuestra vida y de nuestro cuerpo.

Para la escritora mexicana, escribir es un subproducto de su situación social. Para la chicana, escribir significa vencer su situación social. Para la latina, escribir es inventarse a sí misma, crearse un mundo propio, encontrarle sentido a la vida a través de personajes, situaciones, ideas, fantasías que la rediman porque la base de la ficción es en muchas ocasiones parte de la realidad cotidiana.

Bien puede decirse que en América Latina se ha ido de la literatura de confesión, del diario, de las descripciones intimistas, los estados de ánimo, la exaltación de los sucesos cotidianos, el amor, el romanticismo y la nostalgia a la literatura de la pobreza porque son las mujeres las que hablan de las minorías en América Latina, como lo hace Marta Traba en su novela *Conversación al sur*, Luisa Valenzuela en sus cuentos sobre represión y tortura: “De noche soy tu caballo” o María Luisa Puga en su notable “Las mariposas”.

Las escritoras latinoamericanas venimos de países muy pobres, muy desamparados. Nuestra pobreza no es la del indigente, el *clochard* bajo los puentes de París, el *homeless* de Los Ángeles y ahora de Nueva York; no, la pobreza en América Latina es la de la indiferencia; no hay nadie ante quién pararse y decir: “No he comido, hace días que no como”, porque eso no importa. El hambre se va haciendo terrosa, se esparce extenuada sobre las cosas de la tierra y en cierta forma, esta hambre penetra en las páginas y las contagia. Somos nuestros propios paisajes. Escribimos como lo hacemos por ser latinoamericanas. Gioconda Belli no puede escribir sino del amor y de Nicaragua y de la libertad y de Nicaragua. No hay aun en nuestros países escritoras proletarias, pero sí hay textos de tradición oral que han sido recogidos por sociólogos como el *Juan Pérez Jolote* del doctor en antropología Ricardo Pozas.

Dentro de la cultura de la pobreza se atesoran bienes inesperados. Para Jesusa Palancares, la protagonista de la novela *Hasta no verte Jesús mío*, asomarse por la ventana de su cuarto y ver el cuadrángulo de cielo en su ventana era ya una gracia sin precio y sin explicación posible, un regalo inmerecido. Todo el cuarto adquiría una calidad gratuita, el cielo estaba de más como una gracia sorpresiva. Jesusa vivía siempre a la orilla del precipicio, por lo tanto, el cielo estrellado por su ventana era un hecho milagroso, algo así como lo real maravilloso de que habla Alejo Carpentier al referirse a América Latina.

María Sabina, la oaxaqueña, quien murió hace años, atrajo a su humilde choza en Huautla

de Jiménez, Oaxaca, a sabios como Gordon Wasson y Roger Heim, quienes gracias a la ceremonia de los hongos alucinantes, cultivaron varias especies haciendo un nuevo descubrimiento para la ciencia al entregarle nuestra materia prima al doctor Alberto Hofmann en Basilea, Suiza. Hofmann es nada menos que el descubridor del LSD. En la ceremonia de los hongos con María Sabina, los hongos amargos se ingieren con chocolate. El hongo macho y el hongo hembra, la parejita “los niños santos”, “las personitas”, como ella los llama, dan conocimiento y la hacen entonar cantos chamánicos que mucho tienen que ver con aquello que las mujeres sentimos cuando somos jóvenes y nadie, ni la familia, ni el marido, ni la sociedad nos ha mediatizado: esa fuerza explosiva con la que amanecemos y salimos a pisar el día antes de que las formas nos aprisionen, no, no, no, no, no, tú no, no hagas, no digas, no, qué dirán, a ti no te tocó, ni modo, no, confórmate, antes de poder mecernos con María Sabina y repetir tras de ella: “Soy la mujer libre que está debajo del agua” y canturrear tomadas de su mano:

Porque soy el agua que mira,

Porque soy la mujer sabia en medicina,

Porque soy la mujer yerbera

Porque soy la mujer de la brisa

Porque soy la mujer del rocío.

Vengo con mis trece chuparrosas

Soy mujer que mira hacia adentro

soy mujer que mira hacia adentro

soy mujer que mira hacia adentro

soy mujer de luz,

soy mujer de luz

soy mujer día

soy mujer que truena

soy mujer Cristo

soy mujer Jesucristo

soy mujer estrella grande

soy mujer estrella cruz

soy mujer luna.

La literatura latinoamericana oscila entre la supervivencia de sus habitantes siempre expuestos al hambre, y el milagro que significa estar vivo en un mundo tan lleno de calamidades y en una sociedad tan poco preparada para enfrentar los retos que los norteamericanos han convertido en el slogan “Time is money”.

En su libro *Las posibilidades del odio*, María Luisa Puga es un mendigo a quien le falta una pierna, lo único que tiene para defenderse en la vida es su muleta de madera oscura con la punta cubierta por una tira de hule negra y gastada, su muleta, a la cual le dedica todos los días un buen rato de caricias suaves e idénticas. ¿Cómo pudo María Luisa Puga meterse en la piel de un mendigo, cómo pudo moverse entre sombras, torpes, malolientes y quejosas? ¿Cómo supo lo que significa comer para un muerto de hambre? Simple y llanamente porque María Luisa es una escritora latinoamericana y como tal pertenece al continente del hambre. Si su mendigo es africano, María Luisa se ha entrenado a verlo en México y nos describe así su hambre: “El hambre y él eran lo mismo. Nunca no había sentido hambre, y había acabado por acostumbrarse. A tal punto que ya no pensaba en comer. Cuando por la noche en su callejón mascaba lentamente su pedazo de pan, o a veces las papas cocidas y frías que le dejaban en la bolsa, se le apelonaban en la garganta (por más que masticaba largo rato). Muchas veces se dormía con la comida en la boca. Con la fruta le iba mejor. El jugo se le escurría por todos lados y le traía recuerdos viejos, inalcanzables. Pero todo lo comía muy lentamente, con un callado pavor”. En “Las mariposas”, María Luisa Puga cuestiona la existencia de un guerrillero que no sabe ya si está vivo, que ha llevado una vida caótica, accidental, que no ha tenido más destino ni más pasado que el autobús del que acaba de bajar, que solo se sabe vivo porque de pronto le sube de adentro un llanto enorme, vasto que nace desde antes de él y lo abraza como si estuviera esperándolo. Un poco a la manera de Camus. Marta Traba en su *Conversación al Sur*, se alía a las Madres de la Plaza de Mayo llamadas Las Locas, y *En cualquier lugar* analiza e intenta poner en su lugar la tragedia que han vivido en América Latina los que lucharon en su país contra la dictadura, los guerrilleros en la clandestinidad y los exiliados.

Al ser minoría ellas mismas, las escritoras de América Latina se han aliado a las minorías. Son ellas quienes se involucran, denuncian, se indignan y, como decimos vulgarmente, se la juegan. Marta Traba fue perseguida y expulsada; a Luisa Valenzuela le cayó la policía tres días después de haber salido de su país, al igual que les cayó a los escritores Rodolfo Walsh y Haroldo Conti, que fueron asesinados; Alicia Partnoy –demasiado joven para tanto sufrimiento– publicó en Estados Unidos *The Little School (La escuelita)*, sobre esa nueva forma de tortura que es la desaparición; Elvira Orphée en su libro *La última conquista de El Ángel* declara que la tortura le parece una de las grandes abominaciones del hombre.

La realidad que describen muchas escritoras es la de los oprimidos, la de aquellos contra quienes se ejerce la violencia, ya sea política, ya sea la del hambre en la que viven las grandes mayorías. La conciencia social la adquieren muy pronto escritoras de la talla de una Rosario Castellanos que, al igual que Gabriela Mistral, fue maestra, y al igual que ella, se preocupó por la

situación de los oprimidos.

De México, la escritora más completa, la más destacada después de Sor Juana Inés de la Cruz, es, desde luego, Rosario Castellanos, que dice en uno de sus únicos poemas felices:

Aquí tienes mi mano,
la que se levantó de la tierra,
colmada como espiga en agosto.
Aquí están mis sentidos
de red afortunada,
mi corazón, lugar de las hogueras,
y mi cuerpo que siempre me acompaña.

He venido, feliz como los ríos,
cantando bajo un cielo de sauces y de álamos
hasta este mar de amor hermoso y grande.

Yo ya no espero, vivo.

A Rosario Castellanos, poeta, novelista, ensayista, periodista, también el mundo la defraudó. Trescientos años después, las circunstancias de Rosario Castellanos no serán muy distintas a las que hicieron que Sor Juana Inés de la Cruz escogiera el convento de las Jerónimas para poder dedicarse a la pasión de su vida: escribir, estudiar, leer. Nacida en Comitán, Chiapas, en 1925, Rosario Castellanos muy pronto habrá de indignarse en contra de la explotación de los chamulas, que caminan silenciosos y furtivos. Blanca, casi transparente, con unos grandes ojos negros, Rosario Castellanos será siempre una flor de invernadero, sus manos y sus pies pequeñísimos, frágiles, hacían exclamar a Miguel Ángel Asturias: “¡Pero qué manitas de Maya!”

Cronista de un mundo de explotados, Rosario es a su vez explotada en una sociedad que aún no protege ni respeta a las mujeres; en una sociedad en la que la mujer es solo una “esclava del señor”, “hágase en mí según tu voluntad”. Rosario Castellanos no vive la vida, la padece. Mientras el hombre se lanza, ella conoce la rutina, los oficios pequeños, la renuncia.

Si para el hombre el amor no suele ser sino el momento en que se enamora, para la mujer el amor es la inmanencia, la entrega, la selección de un modo de vida durable hasta la muerte: concebir a los hijos y criarlos. Para el hombre, el matrimonio no es un fin en sí; la mujer permanece en los

patios interiores, apaga las antorchas, termina la tarea del día. Cuando es joven, hace la reverencia, baila los bailes y se sienta a esperar el arribo del príncipe. Cuando es vieja, aguarda a que le den la orden de que se retire. Rosario le dice al hombre:

Inclinada a tu orilla siento cómo te alejas
trémula como un sauce contemplo tu corriente
formada de cristales transparentes y fríos.
Huyen contigo todas las nítidas imágenes,
el hondo y alto cielo,
los astros imantados, la vehemencia
ingrúvida del canto.
Con un afán inútil mis ramas se despliegan
se tienden como brazos en el aire
y quieren prolongarse en bandadas de pájaros
para seguirte a donde va tu cauce.
Eres lo que se mueve, el ansia que camina
la luz desenvolviéndose, la voz que se desata.
Yo, soy solo la asfixia quieta de las raíces
hundidas en la tierra tenebrosa y compacta.

En la infancia de Rosario está la clave de su vocación de escritora. Rosario tuvo un hermano menor, Benjamín, y todos los mimos y las caricias de sus padres fueron para él, por ser el hijo varón. Rosario deseó su muerte y cuando murió, la niña se sintió culpable. Benjamín Castellanos –a quien ella llama Mario en su novela *Balún Canán*– aunque ausente, siguió siendo el preferido, sus padres se encerraron sobre sí mismos con su dolor y la dejaron a solas con su nana chamula. Rosario oyó a su padre decir, cuando murió Benjamín: “Ahora ya no tenemos por quién luchar”.

Tal vez cuando nació alguien puso en mi cuna
una rama de mirto y se secó.

Tal vez eso fue todo lo que tuve

en la vida, de amor.

De la mano de su nana Rufina, la niña se puso a descifrar las cosas de la tierra y a apuntarlas para que se le quedaran grabadas. En la escuela fue siempre estudiosa y sus compañeras la buscaban para que les explicara lo que no entendían. Dolores Castro, amiga de infancia, cuenta que era una niña tan delgada y tan frágil que la directora la eximió de la gimnasia y del deporte, y cuando en 1939, la familia Castellanos, ya sin tierras –expropiadas por la Reforma Agraria–, se trasladó a México; también en la Secundaria le prohibieron correr, jugar a la pelota, de suerte que durante el recreo Rosario se quedaba leyendo. Tampoco iba a fiestas, se excusaba diciendo que iría con mucho gusto en cuanto en-gor-da-ra. En Tuxtla, en la revista *El estudiante* se publicaron sus primeros poemas. Pero el hermano muerto, Benjamín, la hizo regresar siempre a esos primeros años en Comitán, Chiapas. Sus dos novelas se sitúan en Comitán, sus cuentos *Ciudad Real* también, y el tema de la soltería y de la vergüenza que significa no pescar a un hombre es recurrente a lo largo de toda su obra, como lo es el de una sociedad muy estratificada, muy jerarquizada en que los indios están siempre al servicio de los blancos.

Una mañana, en Chiapas, unos visitantes se extrañaron al ver que un campesino iba montado con su haz de leña a lomo de burro mientras su mujer caminaba tras él, con su leña en los hombros. Cuando le preguntaron por qué la mujer iba a pie, respondió:

–Es que ella no tiene burro.

Rosario llegó muy pronto a la certeza de que ninguna mujer en su patria tenía burro ni por equivocación y aunque Rosario más tarde habría de casarse, de tener un hijo, ella misma le contó a la escritora Beatriz Espejo que desde niña se refugió en la soledad y supo que escribir disminuía esa sensación. Dijo textualmente:

Mi experiencia más remota radicó en la soledad individual; muy pronto descubrí que en la misma condición se encontraban todas las otras mujeres a las que conocía: solas solteras, solas casadas, solas madres. Solas en un pueblo que no mantenía contacto con los demás. Solas soportando unas costumbres muy rígidas que condenaban el amor y la entrega como un pecado sin redención. Solas en el ocio, porque ese era el único lujo que su dinero sabía comprar. [...] Me evadí de la soledad por el trabajo, esto me hizo sentirme solidaria con los demás en algo abstracto que no me hería ni me trastornaba como más tarde iban a herirme el amor y la convivencia.

Da vergüenza estar sola. El día entero

arde un rumor terrible en su mejilla

pero la otra mejilla está eclipsada.

La soltera se afana en quehacer de ceniza,
en labores sin mérito y sin fruto;
y a la hora en que los deudos se congregan
alrededor del fuego, del relato,
se escucha el alarido
de una mujer que grita en un páramo inmenso
en el que cada peña, cada tronco
carcomido de incendios, cada rama
retorcida, es un juez
o un testigo sin misericordia.
De noche la soltera
se tiende sobre el lecho de agonía.
Brotan un sudor de angustia a humedecer las sábanas
y el vacío se puebla
de diálogos y de hombres inventados.

Y la soltera aguarda, aguarda, aguarda.

Y no puede nacer en su hijo, en sus entrañas,
y no puede morir
en su cuerpo remoto, inexplorado,
planeta que el astrónomo calcula
que existe aunque no lo ha visto.

Asomada a un cristal opaco, la soltera

astro extinguido, pinta con un lápiz
en sus labios la sangre que no tiene.

Y sonrío ante un amanecer sin nadie.

Sor Juana murió joven, a los cuarenta y cuatro años, Rosario a los cuarenta y nueve; Sor Juana murió bella, su retrato lo dice, murió joven, antes de exponerse al ultraje de ser vieja y cuando elogiaron el único retrato que conocemos de ella, que la muestra en su celda con su hábito de jerónima y su pluma en la mano, escribió:

Este que ves, engaño colorido
que del arte ostentando los primores
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
este, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado,
es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Rosario se veía a sí misma con ese mismo desencanto, y de joven hizo siempre todo lo posible por parecer una monja. Una noche –relata Alaíde Foppa–, se fue la luz en la facultad de Filosofía y Letras y Rosario sintió que un muchacho la tomaba del brazo para ayudarla a bajar la escalera. Su reacción inmediata fue: “Cuando vuelva la luz y vea que soy yo, me va a soltar”. Su inseguridad y su poca fe en su aspecto físico se trasluce en su poema “Autorretrato”:

Yo soy una señora: tratamiento
arduo de conseguir, en mi caso, y más útil
para alternar con los demás que un título
extendido en mi nombre en cualquier academia.

Así pues, luzco mi trofeo y repito:

Yo soy una señora. Gorda o flaca
según las posiciones de los astros,
los ciclos glandulares
y otros fenómenos que no comprendo.

Rubia, si elijo una peluca rubia.

O morena, según la alternativa.

(En realidad, mi pelo encanece, encanece).

Soy más o menos fea. Eso depende mucho
de la mano que aplica el maquillaje.

.....

... Soy mediocre

lo cual, por una parte, me exime de enemigos
y, por la otra, me da la devoción
de algún admirador y la amistad
de esos hombres que hablan por teléfono
y envían largas cartas de felicitación.
Que beben lentamente whisky sobre las rocas

y charlan de política y de literatura.

Amigas... hummmmm... a veces raras veces
y en muy pequeñas dosis.

En general, rehúyo los espejos.

Me dirían lo de siempre: que me visto muy mal

y que hago el ridículo

cuando pretendo coquetear con alguien.

Soy madre de Gabriel, ya usted sabe, ese niño
que un día se erigirá en juez inapelable
y que acaso, además, ejerza de verdugo.

Mientras tanto lo amo.

.....

Sufro más bien por hábito, por herencia, por no
diferenciarme más de mis congéneres
que por causas concretas.

Sería feliz si yo supiera cómo.

Es decir, si me hubieran enseñado los gestos,
los parlamentos, las declaraciones.

En cambio, me enseñaron a llorar. Pero el llanto
es en mí un mecanismo descompuesto
y no lloro en la cámara mortuoria
ni en la ocasión sublime ni frente a la catástrofe.

Lloro cuando se quema el arroz o cuando pierdo

la última boleta del recibo predial.

También el corazón de Sor Juana fue violento, escapó al control de su inteligencia y sus poemas no solo son “humanos”, como habría de reprochárselo Sor Filotea, sino amorosos:

En dos partes dividida

tengo el alma en confusión:

una esclava de la pasión,

y otra a la razón medida.

Siempre fue celosa, defendió y comprendió a los celosos, a los despechados; supo desde el principio que los celos perfeccionan el amor:

¿Hay celos? Luego hay amor.

¿Hay amor? Luego hay celos.

Cuando uno ama, no la aman a uno, desde el siglo XVII hasta nuestros días.

Al que ingrato me deja, busco amante;

al que amante me sigue, dejo ingrata;

constante adoro a quien mi amor maltrata;

maltrato a quien mi amor busca constante.

Después de los años de vida en la corte, Sor Juana escoge la clausura; primero las Carmelitas Descalzas cuya orden le resulta demasiado rigurosa y finalmente el Convento de San Jerónimo en el que muere.

En el convento, sus hermanas la interrumpen, entran a su celda, le impiden trabajar, tocan y cantan en la celda vecina. Dos criadas se pelean y escogen como árbitro a Sor Juana. Una amiga la visita haciéndole muy mala obra con muy buena voluntad. Las horas que destina a su estudio después del trabajo de la comunidad son las mismas que sus hermanas escogen para venirle a estorbar. Sor Juana vive el drama de una mujer que tiene que disculparse por amar el estudio.

Una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición me mandó que no estudiase. Yo la obedecí unos tres meses que duró el poder ella mandar, en cuanto a no

tomar el libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque, aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios creó, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esa máquina universal. Nada veía sin reflejo; nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales.

Sor Juana también ayuda en la cocina, porque Dios está en los pucheros, como dijo Santa Teresa, y se pone a filosofar al aderezar la cena y descubre, mientras guisa, secretos naturales: cómo un huevo se fríe en la manteca o en el aceite y por lo contrario se despedaza en el almíbar; y viendo todo esto, afirma que, si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.

Después de tres meses, se levantó el castigo y Sor Juana pudo volver a su biblioteca de cuatro mil volúmenes. Pero el gusto no le duró mucho; Sor Juana se sintió enferma y su médico le vedó toda lectura. Más tarde, al ver su quebranto, le permitió volver a sus amados libros. Sin embargo, Sor Juana ya muy adolorida y mortificada porque era mucha la malevolencia, la envidia, la persecución en su contra, cedió a la presión del convento y dos años antes de su muerte donó al obispo su nutrida biblioteca y sus instrumentos de matemáticas y de música para que los vendiera en beneficio de los pobres y, así, por la mezquindad de los religiosos, se perdió la obra de una vida que nos hubiera servido de documento sobre el movimiento intelectual del siglo XVII.

Ya sin su biblioteca, Sor Juana pretendió desviarse hacia el misticismo, pero era demasiado cerebral, demasiado intelectual, razonaba demasiado para creer a pie juntillas y su espíritu y su sabiduría predominaron siempre sobre la fe ingenua. Sor Juana castigó su pasión por las letras con silicios, con tal dureza que su confesor dijo: “Es menester mortificarla para que no se mortifique mucho, yéndole la mano en sus penitencias para que no pierda salud y no se inhabilite, porque Sor Juana no corre en la virtud sino vuela”.

Sor Juana, en realidad, volaba hacia la muerte y cuando hubo una epidemia de tifo en el convento se dedicó a cuidar a sus hermanas –estas mismas hermanas que tanto la habían molestado– quienes la contagiaron, haciéndola morir el 17 de abril de 1695. Sor Juana vivió cuarenta y cuatro años, cinco meses, cinco días y cinco horas.

Rosario Castellanos murió en la forma más absurda, al tratar de conectar una lámpara en su casa de Tel Aviv. La descarga eléctrica la mató y falleció solita a bordo de la ambulancia que la llevaba al hospital. Nadie la vio, nadie la acompañó. Al irse, se llevó su memoria, su risa, todo lo que ella era, su modo de ser río, ser adiós y nunca. En Israel, le rindieron grandes honores. En México, la enterramos bajo la lluvia, la convertimos en parque público, en escuela, en lectura para todos, la devolvimos a la tierra. En el fondo, Rosario siempre supo que iba a morir; entretejió el hilo de la muerte en casi todos los actos de su vida, los cotidianos y los literarios. Había en ella algo inasible, un andar presuroso, un tránsito que iba de la risa al llanto, del corredor a la mesa de escribir, un ir y venir de sus clases en la facultad de Filosofía y Letras al Instituto Kairós, una premura, un ansia que punzaba sin mañana y sin noche. Muchas veces avisó que se iba a morir:

Yo no voy a morir de enfermedad

ni de vejez, de angustia o de cansancio.

Voy a morir de amor, voy a entregarme

al más hondo regazo.

Yo no tendré vergüenza de estas manos vacías

ni de esta celda hermética que se llama Rosario.

En los labios del viento he de llamarme

árbol de muchos pájaros.

La literatura que hacemos las mujeres en América Latina es vasta y nueva, tan vasta y nueva como el gran continente que aún no acaba de descubrirse. Todavía hoy seguimos adorando al sol y, aunque nos juegue malas pasadas, es un Dios fuerte al que le rendimos tributo. Muchas veces debieron los antiguos mexicanos llenarse de pavor al ver que sus dioses del fuego, del aire, de la fertilidad, de la lluvia, del agua, de la guerra, eran reemplazados por un solo dios, que no solo no ejercía sus poderes sino moría en la cruz como una pobre cosa. A las escritoras –toda proporción guardada– nadie les ha cambiado su calendario, y el centro de su sistema solar sigue siendo el hombre, y las reglas de su vida las que dicta la sociedad patriarcal. La literatura de las mujeres latinoamericanas aún no se descubre a sí misma; una variedad infinita de géneros nos espera en el futuro. Tan vasto como es el continente, tan vastas son nuestras posibilidades. A la tierra venimos a conocer nuestros rostros, nos dice la filosofía náhuatl. Tal parece que conocer nuestro rostro ha sido el paulatino descubrimiento de la literatura de las mujeres; pero aún nos falta convertir la propia literatura en un vehículo subversivo. Cuando las mujeres en el arte son subversivas, lo son por índole propia, por naturaleza, como en el caso de Frida Kahlo, de Pita Amor, pero libres o rebeldes, la comunidad humana no les ayuda a realizarse.

A Pita Amor siempre le costó trabajo adaptarse al mundo, siempre fue la voz que se aísla en la unidad del coro, en el seno familiar y en el internado en Monterrey que no aguantó y en donde no la aguantaron. Fue la más chica de siete Amores que todo lo perdieron en la Revolución. Nunca pudo salirse de sí misma para amar realmente a otro: la única entrega que supo consumir fue la entrega a sí misma. Demasiado enamorada de su persona, los demás le interesaron solo en la medida en que la reflejaban; no fueron sino una gratificación narcisista.

Desde muy joven, Pita Amor pudo participar en la vida artística de México gracias a su hermana mayor, fundadora de la primera Galería de Arte Mexicano en nuestro país. En esta galería acondicionada en el sótano de la casa de los Amor, expusieron José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, Julio Castellanos, el Dr. Atl, Juan O’Gorman, Rufino Tamayo, María Izquierdo, y la joven Pita pudo tratarlos. Se hizo amiga de Juan Soriano, Cordelia Urueta, Roberto Montenegro, Raúl Anguiano, Frida Kahlo, Antonio Peláez y todos la pintaron. Los años 20, los 30 fueron extraordinariamente fecundos para México: surgieron novelistas y poetas, el muralismo

atrajo a muchos artistas extranjeros y hubo una enorme efervescencia en torno a lo mexicano y a nuestro llamado Renacimiento. Vinieron a México André Breton y Antonin Artaud, Henri Cartier Bresson y Paul Strand, Edward Weston y Tina Modotti, Eisenstein y Trotsky, Frances Toor, Anita Brenner, Hart Crane, Carleton Beals, William Spratling, Pablo O'Higgins, Jean Charlot y muchos más. Miguel y Rosa Covarrubias se pusieron a recorrer la república desenterrando piezas precortesianas y Lupe Marín, un día en que Diego Rivera no le dio para el gasto, le sirvió a la hora de la comida una riquísima sopa de tepalcates.

En medio de sus idas al cabaret de la época, *Leda*, Pita Amor produjo de pronto y ante el azoro general, su primer libro de poesía: *Yo soy mi casa*, don Alfonso Reyes inmediatamente apadrinó a Pita al declarar: “Y nada de comparaciones odiosas, aquí se trata de un caso mitológico”.

“Grandes letreros luminosos con mi nombre –dice Pita– anunciaban mis libros y mi bella cara se difundió en tarjetas postales. [...] Frente al éxito a mí me preocuparon siempre más mi belleza y mis turbulentos conflictos amorosos. Porque yo –que he sido joven y soy joven porque tengo la edad que quiero tener–, soy bonita cuando quiero y fea cuando debo. Y soy joven cuando quiero y vieja cuando debo. Yo que he sido la mujer más mundana y más frívola del mundo, no creo en el tiempo que marca el reloj ni el calendario. Creo en el tiempo de mis glándulas y de mis arterias. La angustia hace mucho que la abolí. La abolí por haberla consumido”.

Resulta contradictorio pensar que esta mujer que no cejaba en su afán de escándalo y salía desnuda bajo su abrigo de pieles al Paseo de la Reforma y se abría el abrigo al gritar entre los automóviles: “Yo soy la reina de la noche”, regresara en la madrugada a su departamento y escribiera sobre la bolsa del pan y con el lápiz de las cejas:

Dios invención admirable

hecha de ansiedad humana

y de esencia tan arcana

que se vuelve impenetrable.

¿Por qué me dices que no

cuando te pido que vengas?

Dios mío, no te detengas

¿o quieres que vaya yo?

Pita Amor fue de escándalo en escándalo sin la menor compasión por sí misma. En un programa de televisión, cuajada de joyas y sobre todo con un escote que hizo protestar a la Liga de la Decencia que la censuró diciendo que no se podía recitar a San Juan de Dios, enseñando los

pechos, Pita Amor se puso a decir sus “Décimas a Dios” que fueron el delirio.

Casa redonda tenía
de redonda soledad:
el aire que la invadía
era redonda armonía
de irrespirable ansiedad.
Las mañanas eran noches,
las noches desvanecidas
las penas muy bien logradas
las dichas muy mal vividas.

Y de ese ambiente redondo,
redondo por negativo,
mi corazón salió herido
y mi conciencia turbada,
un recuerdo he mantenido:
redonda, redonda nada.

A tres siglos de distancia, Rosario Castellanos pudo escribir lo mismo que Sor Juana: pide perdón a la sociedad hostil y masculina por atreverse a ingresar al mundo de la cultura y son tantos los obstáculos que le ponen que cae exhausta antes de llegar a la meta. Antes de cumplir los cincuenta años, Sor Juana renuncia al estudio y regala su biblioteca, Rosario es víctima de la soledad, Guadalupe Amor se desquicia, Inés Arredondo, extraordinaria narradora enferma y muere, los libros de Elena Garro no son los de antes ni están a la altura de su primera aparición, la de *Los recuerdos del porvenir* novela, y *El hogar sólido*, teatro.

Y no son las únicas. A lo largo de la literatura femenina y me refiero a autoras de la generación de Rosario Castellanos, las mujeres son solteras o suicidas. Baste nombrar a la poetisa argentina Alejandra Pizarnik, a Alfonsina Storni la uruguaya que entró caminando al mar y cuyo cuerpo devolvieron las olas a la playa, a Antonieta Rivas Mercado quien se pega un tiro en la sien

frente al altar mayor de Notre Dame con la pistola de su amante José Vasconcelos, a Violeta Parra, la que le cantó “Gracias a la vida” a Julia de Burgos, la feminista puertorriqueña autora de un poema premonitorio acerca de aquellos que mueren con un número amarrado al tobillo y cuyos cuerpos jamás son reclamados. Muere Julia de Burgos en una calle de Nueva York, yace desnuda sobre una plancha de mármol, cuerpo desconocido en el depósito de cadáveres, como desnuda murió la poetisa costarricense Eunice Odio encontrada en su tina en México tres días después. El suicidio femenino no se limita a las escritoras latinoamericanas. Más al norte, Sylvia Plath, la poetisa norteamericana muere al introducir su cabeza en el horno de la cocina al igual que Virginia Woolf metió piedras en las bolsas de su suéter para llegar más pronto al fondo del agua, en Inglaterra. La brasileña Clarice Lispector se quemó la mano y parte de la cara fumando en la cama. Fue un accidente, pero era también una forma de paliar la angustia en la cual vivía. Nérida Piñón, testigo de esa angustia, la acompañó muchas veces en sus caminatas solitarias a cualquier hora del día y de la noche.

Marta Traba alguna vez declaró: “Quisiera ser un hombre, pero un negro y un obrero. Eso equivaldría a ser mujer”.

Las escritoras son también contestatarias, si no del régimen, al menos de su régimen interior. Viven en función de su escritura y, sin embargo, todavía hoy, nunca dejan de sentirse culpables –la culpabilidad es la mejor arma de tortura– culpables de no reunir ese atadajo de cualidades llamadas femeninas, la dependencia del hombre, la dulzura, la inocencia, el azoro ante la maldad humana, las artes culinarias.

Las mujeres escritoras dieron su vida en una proporción mucho mayor que la de los escritores. Y no es que fueran desequilibradas, vivían en una sociedad desequilibrada, hostigadora, hostil a la mujer. Temían incluso declarar que escribir era su oficio como si este aniquilara su capacidad de ser mujer y las convirtiera automáticamente en alguna clase de esperpento. Natalia Ginzburg, la escritora italiana alguna vez declaró: “No estoy analizando si soy buena o mala escritora, lo único que afirmo es que ese es mi oficio”.

Cuando las mujeres se den cuenta de que una mujer es un ser extraordinario, lleno de gracia y de armonía, como un árbol, una ola de mar, entonces escribirán. Cuando sepan que una mujer lleva a todo el universo en su seno, el sol, el cielo, los campos y las ciudades, cuando acepten que tienen dentro de sí algo maravilloso y estén dispuestas a decirlo, a gritarlo, entonces abrirán las compuertas, nos darán su intimidad con la tierra, consigo mismas, sin tapujos, sin hipocresía; no temerán perder el hombre, puesto que se habrán ganado a sí mismas y si la sociedad las rechaza es que ellas se habrán rechazado primero; entonces fluirá el agua que aún no fluye, no solo el líquido amniótico que hace vivir al feto sino toda esa agua que proviene de fuentes desconocidas, insospechadas, la catarata se nos vendrá encima con toda su violencia, todo lo que las mujeres han guardado dentro de sí durante siglos de represión y también, por qué no decirlo, de conformismo.

Para finalizar quisiera hablarles de una escritora que por alguna misteriosa razón – seguramente la de la injusticia– no aparece dentro del corpus de las escritoras mexicanas. Su nombre es Sabina Berman, una escritora muy presente en la vida cultural y política de México.

FIN